

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

Sesión ordinaria celebrada el día 9 de Abril.

Abrióse la sesión á la hora reglamentaria presidiendo el Dr. D. Narciso Pla y Deniel y con regular asistencia de Sres. Académicos.

Por ausencias de los Sres. Secretarios en propiedad, sustituyólos el Infrascrito leyendo el acta de la sesión anterior, que por unanimidad y sin discusión quedó aprobada.

La Presidencia puso en conocimiento de los Académicos, no haberse presentado propuesta alguna para llenar una vacante anunciada de Académico de Número, abriéndose nuevo concurso para la provisión de la misma y de otra plaza también de Numerario.

No habiéndose presentado ninguna proposición incidental, ni habiendo formulado moción alguna ningún Sr. Académico, el Numerario D. Alejandro Tornero y de Martirena pasó á desarrollar, como estaba anunciado, el interesante tema: «Significación y valor literario de los cuentos modernos.»

En festivo y ameno exordio se recomienda á la benevolencia de sus oyentes, y entrando luego en materia, empezó desechando la definición que del cuento, da la Academia de la Lengua, aceptando la siguiente: «Cuento, es una relación breve, sencilla y muchas veces maravillosa de un suceso que se inventa con el fin de deleitar por medio de la belleza.»

Examinó á continuación el origen filosófico é histórico del cuento; encontrando el primero en la propensión ingénita del hombre á todo lo maravilloso y sorprendente, y dijo que el histórico se encuentra allí donde hay hombres capaces de inventar.

Siguió paso á paso su desarrollo desde la India y Grecia hasta los tiempos actuales; recordó algunos cuentos de los textos bíblicos; y al llegar á la Edad Media, sostuvo que el cuento es desdeñado en esa época por su ingenuidad y sencillez en pugna con el carácter caballeresco de la misma.

Estudió luego el Sr. Tornero las diferencias que separan al cuento de la fábula, estendiéndose en consideraciones acerca de esta última, y citando los más celebrados fabulistas de la humanidad.

Asegurando que su propósito único era estudiar los cuentos modernos, atacó á los que censuran que los buenos literatos cultiven este género, ya que hoy alcanza el cuento escrito gran circulación é in-

fluencia, ocupando lugar preferente en periódicos y revistas. Y en prueba de su aserto dijo, que literatos tan distinguidos como Pereda, Carlos Frontaura, Valera, Pardo Bazán y aún Menéndez Pelayo, no se desdeñan de cultivarlo. Fijándose especialmente en D.^a Emilia Pardo Bazán, que en su concepto figura á la cabeza de los modernos cuentistas, atacóla vivamente por el carácter demasiado naturalista de muchos de sus cuentos, prometiendo ocuparse detenidamente de esta escritora en la próxima sesión.

En el curso de su agradable y erudita conferencia citó el Sr. Tornero varios cuentos, unos ya conocidos, otros desconocidos, algunos de los cuales escitaron la hilaridad del auditorio, y todos fueron deliciosamente saboreados por el mismo.

El Sr. Plá y Deniel, dejando la presidencia que ocupó el P. Director, hizo algunas atinadas observaciones al Sr. Tornero referentes al carácter moral del cuento y á las diferencias que lo distinguen de la fábula.

El Sr. Burgada defendió á D.^a Emilia Pardo Bazán de los cargos que le había dirigido el Sr. Tornero.

Este contestó brevemente á los Sres. Plá y Burgada, aplazándose la discusión para la sesión próxima, para la que pidió se le reservara la palabra el Sr. Burgada, en vista de lo avanzado de la hora.

El P. Director hizo un breve y sustancioso resumen de la sesión, que terminó con las preces reglamentarias á las doce en punto.

El Vocal Secretario accidental,

J. BARÓ Y COMAS.

Barcelona 10 de Abril de 1893

REVISTA DE LA QUINCENA ⁽¹⁾

Un importante suceso ha acaecido en Europa durante la última quincena, que podría dar lugar á graves complicaciones internacionales. Nos referimos al golpe de Estado dado hace pocos días en Servia. Uno de los Estados más pequeños de Europa, pero que por su especial situación topográfica y quizás principalmente por ser Belgrado, su capital, la llave de dos grandes ríos el Save y el Danubio, codician su anexión Rusia, Austria y Turquía. Muy crítica era la situación de Servia en los últimos tiempos. Después de la última ruptura entre el ex-monarca Milano y la ex-Reina Natalia, proclamóse Rey de Servia, bajo una Regencia, al joven hijo de aquel desgraciado matrimonio. Los Regentes abusaron casi constantemente de su posición, principalmente M. Ristich el Regente de más influencia. El Gobierno por su parte, más bien que gobernar, estaba ejer-

(1) Por repentina, aunque afortunadamente ligera indisposición de *Un Académico*, á quien deseamos pronto y completo restablecimiento, hemos debido encargarnos de escribir la presente *Revista de la Quincena*. No estrañen, pues, nuestros lectores, si echan en ella de menos la galanura de estilo, y los sabios juicios que tanto resplandecían en las anteriores revistas quincenales.

ciendo una despótica dictadura. Entre ministeriales y radicales, se trababa desde largo tiempo empeñada lucha, que hacia la situación de Servia poco menos que insostenible. Se excitaron más los ánimos y vino á agravarse la situación con el golpe de fuerza dado recientemente en la Skuptschina servia. En las últimas elecciones generales, habían triunfado casi tantos candidatos de oposición como ministeriales, pero al constituirse la Cámara, los primeros fueron poco menos que expulsados por los últimos, que apelaron al derecho del más fuerte. Semejante arbitrariedad complicó más y más la situación, hasta el punto que ya desde principios de este mes se temía una revolución, que felizmente ha sido sustituida por un golpe de estado. El joven Monarca, se ha proclamado mayor de edad, ha mandado detener á los Regentes y ha constituido un nuevo ministerio del cual ha nombrado Presidente á Dokitch su sabio maestro.

Las noticias últimas indican que ha sido bien recibido por los servianos, el golpe de estado dado por su joven Monarca. El telégrafo ha comunicado, que el Rey al recorrer los cuarteles, ha recibido de todas las tropas el juramento de fidelidad, y que los servianos le han aclamado en todas partes con entusiasmo indescriptible. En la proclama, el joven Rey ha dicho, que si se había decidido á obrar como había obrado, era por ser imposible dilatar por más tiempo la deplorable situación que Servia atravesaba. Aunque no pocas veces se ha dicho, que con pretexto de los sucesos que en Servia ocurrieran, podía por parte de Rusia reproducirse la guerra en Europa, no creemos, sobre todo con las noticias recibidas, que el reciente golpe de estado pueda allegar materiales inesperados para que estalle el tremendo conflicto europeo, con que desde hace tanto tiempo se nos amenaza.

*
* *

Revisten también importancia los graves desórdenes ocurridos en Bélgica durante estos últimos días, y todavía no terminados, en los momentos que escribimos estas líneas. El pueblo amotinado, y recorriendo diversos barrios de Bruselas, en grupos numerosísimos, ha saqueado algunos establecimientos, ha apedreado las casas de los Ministros, han roto las cañerías de gas, prendiendo á ellas fuego, y con sus tumultos y su actitud amenazadora ha introducido un pánico terrible en toda la nación belga. La policía y la gendarmería de á caballo han embestido contra las turbas, las cuales se han defendido á tiros y á pedradas, construyendo barricadas en algunos puntos de la Ciudad. Según las últimas noticias son ya considerables los muertos y heridos que de las varias refriegas han resultado.

Alégase como causa de tan graves desórdenes, la vergonzosa derrota que en las últimas votaciones recaídas en la Cámara

Constituyente belga, han sufrido los partidarios del sufragio universal. Sin embargo el movimiento del pueblo belga, es lo cierto, que más bien que político, es una manifestación eminentemente socialista y anárquica. Pruébanlo la actitud adoptada por los más extremados radicales, como M. Frère-Orban y el Alcalde de Bruselas M. Buls que á pesar de sus antecedentes revolucionarios y liberalísimos, masones y sectarios impenitentes ambos, hanse tenido que separar de las masas populares, ante la actitud marcadamente anárquica que el pueblo ha tomado. Creemos que el actual gobierno de Bélgica, que preside el eminente hombre público M. Beernaret, es uno de los mejores gobiernos de Europa, pero tuvo que recoger la tristísima herencia, que dejó el considerable número de años de dominación liberal y masónica. Desde que M. Beernaret subió al poder, ha tenido que sostener una lucha tenaz y constante con los diversos elementos de destrucción social, introducidos en todos los órdenes por la situación política que le precedió. Ha dado M. Beernaret pruebas de una energía poco comun, no transigiendo con la Revolución que hoy le ha presentado por fin la batalla en toda línea. Si en estos tiempos en que hasta los reyes abdican y los más fuertes ceden, si en estos días de las transacciones cobardes y de conciliaciones falsas, M. Beernaret sabe mantenerse firme en los sanos principios que con tanto teson ha venido defendiendo, y logra derrotar á la Revolución, dará un grandioso ejemplo á los demás gobernantes, que podría llegar á iniciar una reacción salvadora, de la que Europa se halla altamente necesitada.

*
*
*

Los italianísimos tratan de dar excepcional importancia á las bodas de plata de sus Soberanos. Para ello realizan toda suerte de esfuerzos, no por amor á los Reyes, sino para que la celebración de dicha fiesta venga á contrarrestar el deslumbrador efecto producido con motivo del Jubileo episcopal del Papa. ¡Desgraciados! No ven que por mucho que se esmeren en dar caracteres de grandiosidad á aquélla, nunca podrán conseguir su objeto; y cuanto más procuren presentarlo á los ojos de Europa como excepcional acontecimiento, más espantoso será el ridículo en que caerán ante las demás potencias.

Cierto que los usurpadores de los Estados Pontificios, se hacen lenguas de la anunciada visita del emperador Guillermo á Humberto de Saboya; pero cierto también que no hay motivo para alborozarse tanto, si se tiene en cuenta el móvil de la misma.

Ni el emperador Guillermo, ni los masones que tanto inciensan á los monarcas italianos, sienten por éstos la menor simpatía. El soberano alemán agasaja á Humberto y dará muestras de deferencia á la nacionalidad italiana, por la cuenta que le tie-

ne con referencia á la triple alianza, que si resulta harto perjudicial al pueblo italiano, en cambio es muy conveniente para Austria con respecto á Rusia, para Alemania en lo relativo á Francia, y para la Italia oficial y masónica en frente del Pontificado. De aquí, que la visita del emperador Guillermo, no tenga otro fin, sino el de obligar más y más á la Italia oficial, con deuda de cortesía y con la esperanza de poder afianzar la unidad del Reino, á continuar por la senda emprendida, aunque sea atropellando los más sagrados intereses.

Cuanto á los partidos que se dicen sostenedores del Trono, tampoco pueden inspirar confianza alguna al rey Humberto, porque siendo todos ellos emisarios de la Masonería, apoyan al monarca en cuanto representa una institución enemiga de la Iglesia; y nadie ignora que el día en que el Vaticano fuese convertido en ruinas, el Rey de Italia sería víctima de sus propios partidarios, porque consigna es de la Masonería que después de la Tiara, la corona real; y por ende, sólo se vale del Trono en cuanto es instrumento de opresión para la Iglesia.

Triste situación, pues, la de Humberto, obligado á reinar sobre la base de condicionales benevolencias. Sus bodas de plata serán la fiesta de todos los odios de secta y de la ambición de las potencias aliadas, y no encontrará en ninguno de los que le festejen un corazón desinteresado y amigo. En cambio, el Papa pudo tener, en medio de sus tribulaciones, el inefable consuelo de contemplar cómo millones de católicos procedentes de todas las naciones del globo, iban á rendirle tributo fiel de adhesión inquebrantable, de afecto verdadero, de sincera admiración hacia su sagrada persona.

El Jubileo episcopal de Su Santidad, fué una manifestación imponente de las grandes energías de la Iglesia inmortal; las bodas de plata del Rey usurpador serán un esfuerzo de flaqueza de un reinado caduco.

*
* *

Respecto á política interior, poco hemos de decir, alejados como nos hallamos de todo partido. Merece, sí, consignarse el fracaso del señor Salmerón en el Congreso, al dar evidente prueba, en un campanudo discurso, de su impaciencia por llegar á ser jefe de la minoría republicana, y obtener la revisión constitucional en razón directa de sus ideales. El señor Salmerón es uno de los políticos más impíos y más enfáticos que hay en España. Filósofo huero y orador anticuado, no pudo evitar que el señor Moret se divirtiera con él de lo lindo, y que el Presidente del Consejo le diese un soberbio tirón de orejas.

Fuera de esto, mientras el Gobierno consiente la libertad de cultos y otorga cátedras á krausistas y á judíos de origen polaco, y deja que la pornografía campee por sus respetos, las conse-

cuencias de un estado social por todos conceptos deplorable, déjense sentir, sobre todo en la Corte, donde los crímenes se suceden con espantosa frecuencia. Apenas si transcurre una semana sin que algún asesinato horrible conmueva los ánimos y contriste los corazones.

Es que alejada de Dios la sociedad, vuelve sus pasos hacia el salvajismo; es que ocupados los políticos en miserias de partido, olvidan su misión principalísima, que consiste en procurar el bien moral del pueblo que rigen.

Convénzanse nuestros gobernantes de que únicamente la Religión puede ahogar la crápula y desarmar el brazo homicida, y pongan en práctica los medios para restituir á la Iglesia en el puesto que la corresponde, si quieren evitar los males que lamentamos.

P. y B.

La Asociación de Padres de Familia.

Constituyóse hace pocos meses; tiene al frente personajes de nobilísima alcurnia y reconocidas virtudes cívicas, y es su objeto combatir hasta sus últimas trincheras, á la descocada inmoralidad reinante, que apoderándose, por mil distintos medios, de la juventud, con el protervo fin de despertar en ella un culto idolátrico, cada día creciente, á la diosa Venus, amenaza á la sociedad, con una generación enclenque, amilanada y decrepita, incapaz de generosas aspiraciones y estéril para toda suerte de energías.

Tan grandes nos parecen sin embargo las fuerzas de que la inmoralidad en nuestros días dispone; tan múltiples los recursos á que puede acudir, que lo consignamos con verdadera amargura, mucho tememos no sean bastantes los nobles propósitos, y los grandes alientos y hasta los poderosos medios de la Asociación de Padres de Familia, para que salga victoriosa en la lucha que ha emprendido. En igualdad de circunstancias, y á no mediar intervención Divina, no son pocas las ocasiones en que el mal triunfa del bien en el mundo. Aquél puede apelar á toda clase de armas hasta las más malvadas, y éste sólo puede recurrir á las virtuosas y honestas.

Quien se fije en el solo dato de que uno de los más importantes Centros de esta capital, que pomposamente se engalana con los títulos de científico y literario, dedica una de las tres largas mesas de su biblioteca, á la lectura de periódicos y revistas de índole, algunas de ellas, exclusivamente pornográfica, podrá deducir el grado de putrefacción, mejor que de perversidad, á que han empezado á llegar las costumbres, cuando hasta

en sitios tan públicos y de tal índole llega la corrupción á salir á la superficie y en su consecuencia lo difícil que la Asociación de Padres de Familia triunfe en su nobilísimo empeño, no ya de matar en sus mismas raíces á la inmoralidad, que esto mientras el mundo sea mundo es imposible, sino tan sólo detenerla en el rápido curso que está siguiendo y que augura convertir las grandes capitales reunidas, en una nueva y colosal Sodoma.

No por ello debe mirarse con menos amor la Asociación de Padres, contra la que más ó menos disimuladamente han empezado á dirigir acerados ataques los eternos enemigos de la virtud de las familias y de la paz de los hogares. Una sola víctima que aquella Asociación lograra arrebatarse, y algunas les ha ya arrebatado, á los infames mercaderes de la honestidad, la haría acreedora al apoyo y á la gratitud de todos los ciudadanos dignos y honrados.

Es casi el alma de la Asociación, un prócer ilustre cuyo nombre España entera conoce y millares de familias barcelonesas bendicen, infatigable propagador del bien y apóstol ardentísimo de la caridad, á quien dotó Dios con cuantiosas riquezas que él ha consagrado al ejercicio de las más preclaras virtudes. A su lado militan personajes ilustres por su nobleza, por su saber y por sus virtudes, y á sus filas se van alistando cada día y á ellas debieran pertenecer cuantos conservando un resto de pudor miran con horror y espanto la ola de la inmoralidad que avanza y que por medio de publicaciones, lecturas, grabados, fotografías, y otras viles mercaderías y más viles mercaderes, en teatros, reuniones y hasta en los sitios más públicos de las calles y paseos, apostrofan á cada instante los más puros sentimientos de toda mujer honesta, y explotando vilmente á la juventud, excitan en ella los más bestiales instintos y la pasión que más embrutece y degrada al hombre; la que más embota sus facultades mentales, más consume sus energías y más extingue la fe; la que más le inutiliza para el porvenir, más acorta la vida y hace más temprana la vejez; pasión tanto más terrible cuanto más difícil es extirparla cuando se ha empezado á darle pábulo, y que clamando venganza á Dios, ya en la antigüedad atrajo el fuego del Cielo sobre cinco ciudades; pasión en fin de tal modo horrible, que ni siquiera es lícito nombrarla, porque su solo nombre mancha los labios que la pronuncian, y avergüenza á la pluma que lo escribe, y que produciendo en la sociedad la época de las grandes debilidades y de los grandes relajamientos de caracteres, lleva en pos de sí la injusticia, el asesinato, el perjurio, el sacrilegio y el suicidio.

Como institución que persigue un fin eminentemente cristiano y patriótico, sin miras mezquinas ni personales de especie alguna, no nació la Asociación de Padres de Familia dando á los

vientos de la publicidad el hecho de su existencia y encomendándose á las trompetas de la fama, sino quieta, pacíficamente, procurando, sí, sus fundadores, dotarla de constitución robusta y de todos los medios conducentes al fin que se propone, y que no es otro que el de luchar á brazo partido con los jurados enemigos de la paz familiar, libertando en lo posible á la juventud de los pérfidos y tentadores lazos que de continuo le tienden infames explotadores.

Aunque recienteísima, su existencia ha prestado ya señalados servicios á la moral, y lógico es presumir que á medida que vaya extendiéndose y solidándose, los prestará mucho mayores. Durante el último trimestre, según estadística que tenemos á la vista, ha salvado á varias jóvenes recién llegadas del campo á las ciudades, de las miserables redes que á sus corazones sencillos é incautos habían tendido, personas cuya perversidad no tiene calificativo, devolviendo aquéllas á sus familias y denunciando éstos á los Tribunales. Ha incoado causas criminales contra los presidentes de ciertas llamadas asociaciones recreativas, verdaderos antros del crimen y sucursales, en nuestra patria, del *Moulin Rouge* y del *Eliseo Montmartre*, de la vecina República. Ha defendido y amparado á varios inocentes y ha logrado mandar á presidio á varios criminales. Ha logrado hacer retirar de la venta pública multitud de libros y láminas de una obscenidad provocante, y que se castigara á sus autores, y ha seguido en fin una tan silenciosa como gloriosa campaña contra los corruptores impenitentes de las costumbres sociales.

Sabedor de los importantísimos servicios que á la patria viene prestando la Asociación de Padres de Familia, el actual Ministro de Gracia y Justicia Sr. Montero Rios, manifestó días pasados, la complacencia con que veía la existencia de aquella Asociación, felicitándola por los resultados hermosos que había empezado á obtener, y ofreciéndole su incondicional apoyo. Bien nos parece el rasgo del Ministro, dado el actual estado político de nuestra patria, pero mucho mejor sería que no hubiese habido motivo para él. Es hasta cierto punto y en cierto modo irrisorio, que uno de los más altos funcionarios del Estado felicite á una Asociación particular, precisamente porque ella se dirige á cumplir aquellos fines que el Estado, debiendo cumplir no cumple, y porque se muestra cuidadosa de los intereses sacratísimos que los Gobernantes, debiendo cuidar, no cuidan.

Mucho, muchísimo mejor y más fácilmente que la Asociación de Padres de Familia, podría el Gobierno poner un dique á la impúdica corriente de inmoralidad que está invadiendo todas las esferas. Pónganse al frente de las provincias, gobernadores dignos y celosos; procúrese que todos los representantes del Ministerio Fiscal cumplan con la altísima misión que la patria les confie; refórmense las leyes de asociación y de imprenta si

necesitan reforma; y aplíquense con el mayor rigor las disposiciones legales á los culpables á quienes no debe darse momento de reposo, y á buen seguro que la Asociación de Padres de Familia tendría poco, poquísimo que hacer.

Su aparición sugiere al ánimo dos ideas á cual más tristes. Es la una la de que cuando personas como las que constituyen la Asociación á que nos venimos refiriendo han salido de su retiro y quietismo ordinario... ¡Ah! ¡Cuán alto debe ser el grado de corrupción y podredumbre á que han llegado las costumbres! Es la otra, la de que grande, muy grande ha de ser la responsabilidad contraída por los Gobernantes, con su perversidad ó descuido, cuando los particulares han tenido que asociarse, con el fin de procurar salvar los grandes intereses morales, base principalísima del bienestar de los pueblos, que el Estado, debiendo defender, no defiende.

A suplir esta incalificable falta de nuestros Gobernantes en la defensa de los intereses morales, ha venido la Asociación de los Padres de Familia. Cualesquiera que sean los resultados que alcance, que mucho habrá de luchar en los difíciles tiempos que corremos para obtenerlos tan abundantes como desea, ella merecerá no ya sólo las bendiciones del Cielo, sino también el aplauso y la adhesión de todos los españoles honrados.

N. P. y D.

EL REPORTER

COMPOSICIÓN LITERARIA ORIGINAL DEL ACADÉMICO DE NÚMERO

D. JUAN GUÍ

y recitada por el mismo en la Sesión pública celebrada por esta Academia el día 12 de Marzo de 1893.

DISTINGUIDO AUDITORIO:

Factor indispensable es *el reporter* de todo Diario que, estimulado por el mercantilismo de empresa, aspira á lograr una gran circulación. Antes, para constituir el cuerpo de redacción de un periódico, se acudía á la aristocracia del saber, á la república de los hombres de letras, y con cuidadoso afán se les pedía individuos de indiscutible mérito, de reconocido talento, de una reputación que fuera garantía de éxito satisfactorio. Así se reunía un personal literario respetado y respetable, pues que en él figuraban unos con buen caudal de conocimientos científicos, otros versados en trabajos artísticos, estos de gran espíritu crítico, aquellos entregados de lleno á la política, todos de intachable y correcta forma literaria.

Mas desde que el noticierismo ligero é insustancial ha sucedido á la información prudente y escrupulosa; desde que el pe-

riódico ha preferido el entretenimiento de la curiosidad á la relación verídica de los hechos; desde que se ha propuesto avivar y satisfacer la sensiblería en lugar de dirigir los sentimientos é instruir á las masas y dirigir á las muchedumbres é ilustrar á la opinión pública; aquel antiguo personal instruido, literato, científico, concienzudo, que comprendía la altísima misión del periodismo en las sociedades modernas, que ejercía un nobilísimo magisterio en medio de los pueblos, ha tenido que ceder el puesto de honor, en las oficinas de redacción, á lo menos en las del periodismo mercantilista, á ese periodista de nuevo cuño, conocido con el nombre de *reporter*, hombre bullicioso, amigo de bagatelas, corre-ve-y dile de los salones, apasionado por los chismes de vecindad, hablador incansable, discudidor sin lógica, crítico sin discernimiento, escritor sin literatura, maestro sin ciencia, sabio sin instrucción.

Y con todo y ser así, señores, el *reporter* es el primer personaje de esos periódicos vocingleros que todo lo invaden, que por todas partes se meten, que á todas partes llegan, que se disputan el favor del público y que acrecientan la fortuna de sus empresarios.

Estos, atentos á su negocio, han comprendido que la circulación del periódico no tanto dependía de la respetabilidad, literatura y buen criterio de los redactores, cuanto de la actividad, travesura, entrometimiento y despreocupación del *reporter*, encargado de anticipar las noticias de sensación, de describir las escenas que más excitan la curiosidad pública, de consignar los hechos, los proyectos, las sospechas, los escándalos, las catástrofes que más interesan al sentimentalismo, á la frivolidad, á la malicia y á los apetitos concupiscentes de los lectores: han comprendido que la venta del periódico es proporcional al mejor desempeño de las funciones del *reporterismo*.

El tiempo les ha demostrado hasta la evidencia que ostentando en las columnas del periódico producciones serias y concienzudas, artículos críticos y científicos, que llenando sus páginas de disertaciones de gran argumentación y de lógica irrefragable, que constando su contenido de trabajos completos, profundos y magistrales, bien escritos y mejor pensados, les ha demostrado, repito, de una manera palpable, que el destino que tenían esos periódicos al salir de la redacción para ser puestos en venta, no era otro que dormir un sueño profundo en los estantes de los kioscos ó en los puestos de los vendedores ambulantes, siendo turbado ese letargo tan sólo por el fuerte voceo de los chicos anunciándolos ó por el roce con otro periódico desprendido de su contacto para ser vendido.

Causa verdadera indignación el arraigo que han logrado esos *reporters* en periódicos que el público tiene por formales, instructivos y moralizadores.

El reporter es el que tiene á su cargo dar noticias que exciten interés, causen sensación, despierten curiosidad, activen ambiciones, respiren actualidad, estimulen apetitos, engrandezcan pasiones, y lo verifica sin tener en cuenta el giro de la forma al redactar estas noticias, sin preocuparse en nada de la verosimilitud de los hechos, sin meditar ni ahondar el alcance de las frases, sin dar recta intención á las palabras, y de ahí que sean juguete de su voluntad, blanco de su ligereza y objeto de su frivolidad, no solamente individuos, sino familias enteras, ciudades, regiones, provincias, reinos, dilatados imperios.

Fácil será á vuestra clara inteligencia el comprender el escaso respeto que se le tendrá en sociedad, la poca estimación á que se hará acreedor, y en fin, señores, la multitud de veces, por no decir siempre, en que su persona será destituida y desprovista de toda dignidad ó cuando menos será puesta en tela de juicio.

¿Y cuántas no serán, señores, la infinidad de escenas ridículas en que el reporter tendrá que actuar, y cuántas también las en que sus palabras, deseos y hasta su sola presencia rayarán en el más subido inoportunismo, si no llegan ya á producir la indignación de los corazones más buenos y caritativos?

Es tal su deseo de excitar curiosidad y su ambición en despertar interés y su intención marcada de causar prurito, que no vacila en poner en boca de personas honradísimas y muy dignas, de individuos de elevados sentimientos, palabras, frases, ideas, conceptos que en modo alguno acariciaron sus voluntades, ni siquiera remotamente pasaron por sus mentes, y lo hace sin acordarse más de ello ni de tal asunto, sin dar importancia alguna al ataque que á la fama, dignidad, nombre ú honor de estas personas ha dirigido, y lo que es más, señores, el reporter no siente en su ligera inteligencia la aguda punzada del remordimiento, ni oyen sus oídos los secretos murmurios de su conciencia que le acosa y recrimina, sin que estos murmurios se acrecienten, sin que surgen más enérgicos cada vez, sin que tomen un cuerpo palpable ante el pensamiento de la desgracia, del pesar, del desespero, de la disolución que ha causado á su víctima ó víctimas, y sin que su corazón le hable, sin que su corazón le diga algo, y cuando el corazón no habla, cuando el corazón nada dice..... el hombre vive sin creencias, sin convicciones, sin entusiasmo por la verdad; vive sin apasionamiento por lo bello, sin ascensiones hacia lo bueno; vive sin templos para la virtud, sin altares para la justicia; vive sin sacerdotes para la abnegación, para el sacrificio, para el heroísmo; vive desterrando de su lado la fe, la ciencia y la virtud; vive soñando ciego y más ciego, vicio tras vicio, podredumbre tras podredumbre.

* * *

Para que comprendais mejor la impertinencia y la repulsión

de los oficios que ejerce el moderno reporter, seguidle conmigo hasta que se presenta en el teatro de algún sangriento suceso.

*
**

La fatal hora de un crimen ha sonado ya en el tremendo reloj de los destinos futuros. Los descarnados pies de la muerte pisaron sin piedad, la habitación en donde momentos antes reinaba la tranquilidad y la paz, la dicha y el bienestar, en donde poco antes los allí reunidos estaban ajenos de pensar que tal vez sería negado á alguno de ellos contemplar la luz del siguiente día..... Un horrible crimen estaba, por desgracia, consumado. Imposible describirnos, y la deficiencia de mi palabra ayuda á ello, el cuadro que palpitaba en aquella estancia, con los vivos tintes de la triste realidad, ni con los subidos tonos de la negra desesperación, ni con lo irremediable é imperioso del hecho consumado; imposible bosquejaros los ojos llorosos, errantes y hundidos, ni las tecec demacradas y amarillentas de los individuos más allegados á la víctima. Los latidos fuertes y enérgicos con los tristes y lúgubres ayes parecen hacer saltar del pecho al triturado y oprimido corazón. Todos, en su loco desvario, no pudiendo creer en tanta desdicha, ni en tanta desgracia, se acercan á la víctima que yace tendida en el suelo, revolcada en un charco de sangre caliente aún..... la llaman una..... dos..... tres veces, no con palabras, no con voces.... sinó con pedazos de sentimiento capaces de llegar á lo más hondo del alma, pero que no llegan al fondo de la suya, porque..... no está allí, el alma de la víctima, ha huido ya, lejos..... muy lejos..... ha comparecido ante el majestuoso tribunal de Dios..... sólo hay un cadáver.

Al convencerse de que es cadáver aquel en quien habían cifrado todo el cariño del alma y todo el fuego de su corazón, los individuos de la familia son presa de fuertes síncope y su desesperación llega al colmo y es indecible su quebranto.

Nadie se atreve á levantar el velo que oculta los misteriosos motivos que determinaron el crimen cometido, temiendo que una historia escrita con la negra tinta de la infamia haya precedido al sangriento suceso que tiene á todos compungidos y consinternados; y como es natural, al dolor que produce la presencia de la víctima nadie quiere añadir el que excitaría la relación de antecedentes, que, cual si hubiera mediado consigna estrechísima, todos cuidadosamente ocultan.

Mas heos ahí que de antuvión se presenta el reporter del periódico más leído en la localidad, y aún sudoroso y jadeante, y sin respeto al dolor de la familia, saca su cartera y su lápiz, y toma nota de la posición en que ha hallado al cadáver, del número de heridas, de las prendas de vestir que lleva, de su juventud, de su complexión, del número, calidad y situación de los muebles que hay en la pieza, y hace todo esto con la avidez

de quien explota un venereo recientemente descubierto, sin haber pedido autorización á nadie, sin parar mientes en la inoportunidad de sus actos, sin que se le dé un ardite de la animadversión con que se le mira.

Luego interroga á los circunstantes sobre los motivos que pudieron haber preparado el crimen, sobre los antecedentes que pueden dar á conocer las relaciones que mediaban entre el agresor y la víctima, sobre las costumbres, posición y estado de esta y de aquél, intentando aclarar lo que todos tienen empeño en que permanezca secreto, esforzándose en sacar al público lo que el honor de la familia exige que continúe ignorado, tratando por todos los medios y valiéndose de toda clase de argucias, para que el público vea consignado en el próximo Número de Periódico, lo que al buen nombre de la víctima y del verdugo, á las conveniencias sociales, á las exigencias de la moral, al decoro del mismo periodismo, interesa que nunca jamás fuera divulgado.

Como que en aquellos instantes de amargura y desconsuelo, los individuos de la familia, á quienes interroga el reporter sólo tienen corazón para sufrir, ojos para llorar, aliento para gemir y mente para pensar en la inocente víctima dedicándole un eterno recuerdo, y no para responder ni enterar á un sér, que ni humano parece, pues que ningún dolor comparte con ellos, y permanece impassible ante tamaña desgracia, calcúlese lo mal informado que saldrá de allí el reporter y la inexactitud é indecisión de la reseña que tendrá el poco empacho de radactar.

Pues sí, la hace; vaya si la hace, y no corta, sino extensísima, no confusa sino plagada de detalles, no titubeando sino con rotundas afirmaciones.

Pero ha logrado su objeto primordial, que era fomentar la venta del periódico, y lo ha logrado á costa del buen nombre de una familia tal vez respetable, á costa de un estupendo escándalo y á costa de la perturbación moral que ha introducido en los círculos sociales donde su periódico es leído.

JUAN GUI.

EL POETA ZORRILLA.

II

He considerado necesario el transcurso de algunas semanas entre el primer artículo mío de esta serie y el que hoy ofrezco á la benevolencia de mis lectores, por motivos que fácilmente comprenderán todos. A raíz de la muerte del gran poeta, en el número inmediato á su fallecimiento, era necesario decir algo acerca de tan grande personalidad literaria, pero ello no podía ser otra cosa más que impresión general, sentida, hija á la vez

del entusiasmo y del dolor unidos en consorcio por las circunstancias del momento. Esto se desprendía, ó procuré que se desprendiera, de mi primer artículo, en el cual esboqué la figura de Zorrilla, ó mejor, di alguna noticia de su procedencia, de la atmósfera moral y social en que se hallaba envuelto al ir á trepar por el Parnaso; en una palabra, de todo lo que directa ó indirectamente influye en el modo de ser de un temperamento literario ó artístico. Lo cual entendí que servía al doble objeto de preparar el ánimo del lector, dando base al criterio y punto de partida al entendimiento, para entrar con pie seguro en un examen crítico, si no profundo, al menos reposado, que nos permitiera formar juicio concreto y lo más exacto posible de la misión realizada por el gran poeta nacional. Pero, para abordar la materia, como vulgarmente se dice, para juzgar imparcialmente á Zorrilla, y no á través del llanto, sino con la serenidad con que se contempla á un personaje que ha pasado á la historia, era de todo punto necesario dar tiempo al tiempo, dejar que se apagara el eco funeral de las campanas, que los poetas renunciaran á sus lamentaciones, que cesara la impresión producida por los elegiacos artículos de los diarios, que desapareciera todo elemento capaz de torcer el juicio, llevándole al *delirium tremens* que todo lo desautoriza. Ciertamente que conocido bien un autor cabe juzgarle con seguridad de criterio inmediatamente después de muerto; pero respecto de Zorrilla ha de haber una excepción en este punto. ¿Por qué?

Zorrilla ha fascinado á muchas generaciones; entiéndase bien: las ha *fascinado*; lo cual quiere decir que poquitos hombres han llegado á conocerle. Sólo las águilas pueden mirar frente á frente al sol y descubrir sus manchas, sin que les cieguen los rayos de luz; sólo los críticos de la talla de Alberto Lista pueden notar los defectos de Zorrilla, sin que sean suficientes á ocultárselos las portentosas cualidades del insigne vate. Zorrilla ha deslumbrado á todos con los arrebatos de su fantasía y con la pompa gigantesca de sus estrofas; por esto, sólo la posteridad podrá juzgarle serenamente y asignarle el debido lugar en nuestra historia literaria.

Se ha comparado á Zorrilla con Victor Hugo: no sé hasta qué punto pueda admitirse la comparación; lo que sí sé es que el famoso poeta francés ha descendido mucho del pedestal en que le colocaran sus contemporáneos, á pesar del poco tiempo transcurrido desde que dejó de existir. ¿Ocurrirá lo mismo con Zorrilla? Me inclino á creer que no; pero cuando menos podrá ocurrir que se dé á ciertas cualidades de nuestro poeta menos importancia de la que nosotros le concedemos, á beneficio de otras que sin duda no advertimos.

Le ha pasado á Zorrilla lo que á todos los grandes hombres que han influido poderosamente en su respectiva época: ha sido

muy combatido en vida, á pesar de su mérito indiscutible, por críticos más ó menos sesudos é imparciales, por la turba multa de envidiosos que menudean siempre al rededor del genio, como flotan y zumban inmundos moscardones en torno á la flor, no para libar mieles, sino para ajarla. Pero ha tenido nuestro poeta la suerte no común de llevar constantemente de su parte al pueblo, que ha aplaudido todas sus obras, aún las de menor importancia, y á los literatos de talento reconocido, que supieron elogiarle de la única manera capaz de satisfacer al autor que tiene conciencia de sí mismo: sin desconocer sus defectos, y sin que el elogio pudiera semejar adulación, sino prenda de justicia.

Muerto el vate..... lo de siempre: mucho bombo y platillos, disticos á porfia, lamentos fúnebres en improvisados artículos, y al fin nada sólido, todo vaporoso como el incienso, que despidе en un instante aromas deliciosos, se condensa después en nube asfixiante y desaparece luego disipado en el espacio. Curioso fenómeno el que ofrece nuestro temperamento meridional, que hace buena aquella conocida copla:

«Antigua la moda es,
que á los sabios y á los justos
los matamos á disgustos
y les lloramos después;»

porque la misma turba multa que, viviendo el autor le acosa constantemente con críticas desenfrenadas, es la que á su muerte exagera el elogio hasta el ridículo, y revuelve sus yertos despojos con ditirambos que crispán los nervios.—No há muchos días que Peña y Goñi, en carta abierta á los ilustres poetas Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez de Arce y Manuel del Palacio, se burlaba donosamente de los que, con motivo del fallecimiento de Zorrilla, habían declarado muerta la poesía castellana; y en cambio—también recientemente—otro crítico insigne, Federico Balart, recriminaba á los zoiletos que, dándose aires de pedantísimos retóricos, *dignábanse* reconocer el genio de Espronceda y de Zorrilla, bien que vituperando su manera de escribir y calificándoles de hablistas incapaces.

Por cima de la miopía de tantos críticos, por cima de los mismos juicios razonados que emitieran grandes maestros, descuella la opinión que de su propia personalidad y de sus obras nos ha legado el gran poeta en su autobiografía *Recuerdos del tiempo viejo*. Ningún crítico, desde Nicomedes Pastor Díaz é Ildefonso Ovejas hasta los de la última generación, ha hablado de Zorrilla con tanta independencia de criterio, como el mismo poeta nacional. La propia ingenuidad con que nos dice que no se arrepiente de ser autor de *Margarita la Tornera*, que experimenta cierta debilidad por *La cabeza de plata*, domina en él cuando señala y corrige los defectos de que adolecía la primera

edición de *El capitán Montoya*, cuando declara que huyó á Sevilla para no presenciar el fracaso de su drama *Los dos virreyes*, que á pesar de sus temores fué aplaudido, y cuando descuartiza—es la palabra—la obra á que debe toda su popularidad, *Don Juan Tenorio*, en la cual señala defectos de todas clases: de sintaxis, de concepto, de composición, etc. Es claro que, siendo tan cruel, es muchas veces injusto consigo mismo, pero cierto también que nadie ha notado como él los defectos y bellezas de sus obras y los gérmenes de unos y otras; dándose el caso—v. gr. en *Don Juan*—de haber señalado á la crítica *lapsus* que ésta no había podido notar después de treinta años consecutivos de representarse el drama. Lo cual quiere decir que á nuestro poeta no le ocurría lo que á gran parte de los autores, lo que á casi todos los románticos, que nunca llegan á tener conciencia de sí mismos, no; Zorrilla tenía conciencia de su propia personalidad, y si sentía el fuego interno que le impulsaba á las mayores empresas, también comprendía de perfecto modo dónde momentáneamente plegaba sus alas la inspiración y dónde claudicaba la frase. Lo que hay es que nunca advertía sus defectos á tiempo de corregirlos y (nunca supo sacar de ellos provechosa enseñanza, sino para hacer de los mismos sincera y pública confesión. Deficiencia completamente disculpable en un romántico á quien nada sujeta, que floreció en una época en que parecía consigna el escribir muchas páginas en poco tiempo, y en que todo el éxito se fiaba al desenfreno de la fantasía ó á las corazonadas del público; los literatos creían que más grandes eran sus obras cuanto más absurdas, y tenían por gala el desprecio de la más indispensable preceptiva, olvidando aquel aforismo de Cicerón: «Es de hombres ligeros el afirmar que para las grandes cosas no hay arte, cuando de él no carecen ni las más pequeñas.» En una época en que todo se escribía del modo expresado, nada tiene de particular que Zorrilla no se parase en barras, levantando aquí un chichón al príncipe de Viana, desfigurando allá la historia de D. Pedro, vapuleando acullá la sintaxis; que harto hizo con reconocer luego sus yerros.

Lo que realmente maravilla es que el-excelso vate, siendo eminentemente romántico, llegase en aquella revuelta época á adquirir personalidad propia é independiente, tan independiente, que no se parece á ninguna otra; y más raro aún que en medio de las deficiencias de escuela, entre el farrago de traducciones que todo lo invadía con sus galicismos, pudiera darnos sus castizas leyendas, una sola de las cuales, *A buen Juez, mejor testigo*, por lo discreta y redondeada, por sus gallardas quintillas y su romance de oro puro, hubiera bastado á incluir su nombre entre los de nuestros primeros poetas.

J. BURGADA JULIÁ.

Importancia histórica de la Filosofía Escolástica

Discurso pronunciado por el DR. D. JOSÉ M.^a VENTURA en la sesión pública del día 12 de Marzo de 1893.

(Continuación)

Pero la edad de oro de la Filosofía Escolástica, el período de sus grandes escritores y de sus grandes genios, aquel en que la Escolástica llega á su completa perfección y al más alto grado de esplendor, es el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás de Aquino. Durante este período aumenta extraordinariamente y llega á su colmo la fermentación intelectual que se observa en la Europa y la afición á los estudios teológicos y filosóficos, hasta el punto de verse obligados los profesores á explicar sus lecciones en la plaza pública por no haber cabido los alumnos en las aulas. Brillan en este período Alejandro de Hales, llamado el *doctor irrefragable*, que introduce en todo su rigor la forma silogística, principal arma de argumentación de los escolásticos, y procura el exacto y completo conocimiento de las obras de Aristóteles, pues sus antecesores apenas si conocieron más que los tratados comprendidos en el *Organón* ó sea la Lógica de aquel filósofo; Guillermo de París, Gerardo de Cremona, Arnaldo de Villanova, que incurrió en muchos errores teológicos, aunque le deben mucho las ciencias de su tiempo considerado como médico y como químico; Vicente de Beauvais, notable por sus vastos conocimientos en las ciencias físicas y naturales y por su obra *Speculum Majus*, verdadera enciclopedia en que se condensan todos los conocimientos de su época; Rogerio Bacón, llamado el *doctor admirable*, á quien deben las ciencias físicas y matemáticas importantísimos descubrimientos; Alberto Magno, llamado el *doctor universal* por la extensión y universalidad de sus conocimientos, que abarcaban todas las ciencias cultivadas en su tiempo, incluso las físicas y naturales, distinguiéndose también por haber explicado por medio de largos comentarios casi todas las obras de Aristóteles, y otros que os citaré más adelante, después de haber hablado de Santo Tomás de Aquino. La mayor gloria para Alberto Magno era el haber sido maestro de Santo Tomás de Aquino, cuyo saber y fama futura pronosticó con estas palabras: «nosotros le llamamos buey mudo, pero sabed que los mugidos de su doctrina resonarán bien pronto por toda la tierra,» porque es de saber, que los discípulos de Tomás llamaban á éste el *gran buey mudo de Sicilia* por su carácter silencioso y taciturno.

A pesar de tales adelantos, la Escolástica distaba mucho de haber llegado á su perfección y de aparecer como un organismo completo y acabado, aparte de que habían arraigado en ella una

multitud de errores que eran causa de la dirección torcida que habían tomado algunos escolásticos. En efecto: era necesario fundir en el crisol de una vasta y poderosa inteligencia y reducir á sistema tantas y tan diversas ideas esparcidas por tantos y tan diversos monumentos de la Filosofía cristiana; era necesario imprimir en las doctrinas escolásticas cierto sello de unidad de que carecían, por efecto del modo diverso y hasta contradictorio con que eran resueltos algunos fundamentales problemas de la Filosofía, tal sucedía con el problema de los universales, origen de tantas disputas y controversias, que había dado lugar al nacimiento de las dos escuelas nominalista y realista, y sobre el cual aún no se había pronunciado la última palabra; era necesario interpretar en sentido racional y cristiano las obras de Aristóteles y devolverlas su verdadero sentido y significación, de que habían sido despojadas por las corrupciones y falsas interpretaciones de los filósofos y comentaristas árabes y judíos, tales como Avicena, Averroes, Avicibrón, Maimónides, corrupciones y falsas interpretaciones que habían logrado penetrar en el seno mismo de la Escolástica, dando origen á diversos errores racionalistas y panteistas, lo cual explica la prevención con que la Iglesia miraba al principio las obras de Aristóteles y la prohibición que pesaba sobre la lectura de algunos de sus escritos; prohibición empero que se levantó así que hubo aparecido el hombre extraordinario que nos trajo esta tan deseada interpretación racional y cristiana; era necesario poner fin al espíritu de excesiva investigación y nimia sutileza, que se había apoderado de algunos doctores escolásticos, y que les llevaba á tratar cuestiones inútiles y vacías de sentido y en ocasiones al examen peligroso de los dogmas de la Religión; era necesario que se moderase el empleo del silogismo y de las leyes de la lógica á cuyo abuso propendían los escolásticos, y que hacía imposible la lectura de sus obras, pues la inteligencia se perdía en aquel laberinto de innumerables divisiones, distinciones y subdistinciones, que establecían á fuerza de querer agotar las materias; era necesario que se hiciese entrar en el dominio de la filosofía las ciencias morales y políticas, hasta entonces desconocidas ó poco estudiadas; era necesario que se nos dotara de una doctrina espuesta con mayor orden y método, elevación de ideas, profundidad de criterio, perfección de estilo, claridad de exposición, cualidades éstas, sobre todo la última, que en ocasiones se echaban de ver en los doctores escolásticos; era necesario que se señalaran de un modo definitivo las relaciones entre la razón y la fe, marcando los verdaderos límites y la esfera de acción de una y otra, aunque sin menoscabo de sus respectivos derechos; era necesario por último que se decidiera á favor de la Filosofía cristiana la lucha latente, pero viva, que ardía en el seno mismo del escolasticismo entre los elementos ortodoxos y los elementos hete-

rodoxos. Para llevar á cabo todas estas reformas y salir airoso en esta colosal empresa, se necesitaba un hombre dotado de gran prestigio y ascendiente, y sobre todo de vasta y poderosa inteligencia. Este hombre extraordinario, este genio universal que apareció como solicitado por los tiempos y enviado por la Providencia, fué Santo Tomás de Aquino.

No es mi ánimo en los actuales momentos entrar en el examen de su doctrina, ni siquiera indicar los puntos fundamentales en que descansa. Semejante propósito, sobre ser de imposible realización en los estrechos límites de un discurso, me conduciría fuera del camino que me he trazado de antemano. Me bastará decir, que este hombre extraordinario desempeñó cumplidísimamente la misión á que se le creyera destinado, que desterró la anarquía de las escuelas, implantando la dictadura de la verdad, que dió nueva vida y poderoso refuerzo al escolasticismo, el cual á no ser la gran reforma del doctor de Aquino, hubiera prontamente degenerado y caminado indefectiblemente hacia su ruina, arrastrando en pos de sí toda la filosofía cristiana. Por esto Santo Tomás de Aquino ha de ser considerado como el más puro, legítimo y genuino representante de la filosofía escolástica; su doctrina es la misma doctrina escolástica, elevada á su mayor alto grado de esplendor, sin ninguno de sus defectos, con todas sus perfecciones. Por esto el insigne Balmes al hablar de la filosofía escolástica, sólo quiere oír hablar de Sto. Tomás de Aquino, según se desprende de las siguientes palabras: «Para tomar las cosas en su origen y beber en buenas fuentes, me referiré casi siempre á las doctrinas de Santo Tomás, á quien se puede considerar, si no como el fundador, al menos como el organizador de la filosofía escolástica. En las obras de este eminente escritor se hallan las doctrinas peripatéticas, con una profundidad y lucidez, á que no han llegado sus sucesores; y se las encuentra libres de ciertas cavilaciones fútiles, con que las enredó más de una vez el espíritu de sutileza y disputa.» Si esto hubiesen tenido en cuenta los que han juzgado la filosofía escolástica, no hubieran envuelto en el mismo común anatema las doctrinas de Santo Tomás y las de otros escolásticos, sino que hubieran distinguido entre doctrinas y doctrinas. Y así por ejemplo, al censurar el abuso que los escolásticos hicieron del silogismo y de las leyes de la lógica, hubieran debido de tener presente, que Santo Tomás hace un uso moderado de uno y otras, hasta el punto de que sus obras las pueden resistir los estómagos más delicados.

La importancia de la doctrina de Santo Tomás, aunque no resultara de su valor y mérito intrínsecos, quedaría plenamente demostrada por el predominio que ha tenido en las escuelas por espacio de tantos siglos, por los elogios que ha merecido de los Pontífices y por los honores que le han tributado los mismos Concilios ecuménicos. Atestiguan el primer extremo las Univer-

sidades de Paris, Salamanca, Alcalá, Douai, Tolosa, Lovaina, Padua, Bolonia, Nápoles, Coimbra y otras muchas, verdaderos focos del saber en la Edad media, tan frecuentemente consultadas en todo género de arduos asuntos, que encerraban en su seno cuanto de notable había en el mundo de las ciencias y de las letras, y en las cuales Santo Tomás era mirado como el supremo oráculo de la verdad y su doctrina universalmente seguida y acatada. ¡Tal es la mágica fascinación que produce en las inteligencias! Y poco importa que Duns Scot, llamado el *doctor sutil*, el Kant de la filosofía escolástica, funde la escuela de los escotistas, que se distingue por sus tendencias crítico-escépticas y por su oposición sistemática á las doctrinas del Angel de las escuelas, siguiendo en esto el ejemplo de su fundador y maestro; pues bastaba que Santo Tomás opinase en un sentido para que Duns Scot opinase en sentido contrario; poco importa que Guillermo de Occam rescite los errores del antiguo y ya olvidado nominalismo y rebelándose contra la autoridad del Pontífice, ponga su pluma al servicio de Felipe el Hermoso y Luis de Baviera, en sus luchas y desavenencias con la Santa Sede, al último de los cuales decía: *tu me defendas gladio, ego te defendam calamo*; poco importa que estos y otros escolásticos se esfuercen en esterilizar la obra llevada á cabo por el Doctor de Aquino, y preparen con sus doctrinas la decadencia de la Escolástica; poco importa, que no por eso mengua el brillo de la cohorte que sigue á Santo Tomás de Aquino, y á la que pertenecen los hombres más ilustres de la época, tales como San Buenaventura, llamado el *doctor seráfico*, que se distingue por sus tendencias ontológicas y por sus aficiones místicas; Enrique de Gante, Dante Alighieri, autor de la *Divina Comedia*, «obra inmortal en que han puesto la mano cielo y tierra,» calcada precisamente sobre la concepción filosófica de Santo Tomás de Aquino; Gerardo de Bolonia, Egidio Romano, Egidio de Lessines, Bernardo de Trilia, Guillermo de Hottum, Guillermo de Tornai, Herveo ó Hervé de Nedellec, Raymundo Lulio, llamado el *doctor iluminado*, Durando de Pourçain, llamado el *doctor resolutísimo* por sus opiniones atrevidas é independencia de criterio, lo cual no le hizo traspasar ni en un ápice los límites de la verdad cristiana; Tomás Bradwardin, Roberto Holcot, Domingo de Flandria, Raymundo Sabunde, Juan Gerson, Nicolás de Cusa, Juan de Torquemada y otros no menos ilustres.

Más adelante el llamado Renacimiento, y en época posterior al Protestantismo, el primero resucitando la afición á las formas plásticas y á la literatura de la antigüedad pagana y sacrificando á ellas el fondo moral de la verdad cristiana, y el segundo con la proclamación del libre examen, favorecen más y más la separación entre la Filosofía y el Cristianismo. Afortunadamente este movimiento pudo ser en parte contrareestado

gracias á los esfuerzos de los sabios filósofos, teólogos y canonistas Savanarola, Arias Montano, el cardenal Cayetano, Javelli, Francisco Victoria, Domingo Soto, Melchor Cano, Láinez, Salmerón, Pedro Soto, Antonio Agustín, Covarrubias, Carranza, Vazquez, Arriaga, Suárez, Molina, Fonseca, Bañez y otros, algunos de ellos asistentes al Santo Concilio de Trento, que ilustraron con su vasto saber y ciencia y en el que hicieron tan brillantísimo papel, todos ellos formados en la escuela del Doctor angélico, de cuyas doctrinas se sirvieron para oponer un dique al desbordamiento de la época. No parece sino que el mismo santo Tomás de Aquino aparece de nuevo en la escena y se apresta para la lucha con los mismos bríos y entusiasmo con que lo hiciera en el siglo XIII.

Y cuando el mundo se encontró envuelto, quizá sin darse cuenta de ello, en las doctrinas de Bacon y Descartes, que realizaron aquella famosa revolución de donde arranca la mayoría de los errores modernos, cuando todo el mundo creía ya muerta para siempre y enterrada la filosofía escolástica, y sólo se hablaba de ella para vilipendiarla, vese que todavía conserva su lozania y vitalidad, aquella vitalidad que no dimana de las circunstancias favorables de los tiempos ni del favor de los hombres, sino de la causa de la verdad que nunca envejece, vese que todavía alimenta el fuego de los grandes genios, que todavía palpita en el fondo de las grandes inteligencias de Bossuet, Fenelón, Leibnitz y aún en parte de Malebranche y de Pascal, los cuales aunque en apariencia cartesianos, en el fondo están identificados con la doctrina de Santo Tomás, á la que deben sus grandes inspiraciones, cuanto tienen de elevados y de profundos, y sobre todo cuanto tienen de cristianos. Y no se crea que esto lo digo por ganas de decirlo, sino porque así resulta de un examen detenido de sus doctrinas. Y así por ejemplo Leibnitz, no obstante su condición de protestante, muestra marcada preferencia por la Filosofía escolástica, figurando entre sus principales encomiadores, y mostrándose mejor dispuesto á hacerla justicia que muchos de sus contemporáneos, siendo grandes las afinidades entre su doctrina y la de Santo Tomás, con el cual coincide en casi todas las cuestiones fundamentales aunque se aparte de él en la cuestión de método y exposición de materias. Y si en el siglo XVIII parece ceder á los golpes de los enciclopedistas formados en la escuela de Voltaire y Rousseau, y si desaparece momentáneamente de la escena para resucitar más que nunca gloriosa en el siglo XIX, en el siglo de León XIII, no es ciertamente porque quede rezagada en el constante progreso de la filosofía, ni porque no pueda competir con los adelantos de la época—que á tan poco no queda reducida la virtualidad de la Escolástica—sino porque el Cristianismo atraviesa un periodo crítico de su existencia; y sabido es, ó al menos se ha de saber, que el desarrollo,

progreso y vicisitudes de la Escolástica están en razón directa del desarrollo, progreso y vicisitudes del Cristianismo, del cual es aquella Filosofía una secuela natural y necesaria. Esto es una verdad histórica plenamente confirmada en todos tiempos, así por otra parte lo enseña la misma razón natural, y así ha de ser en efecto si se tienen en cuenta el verdadero carácter y las tendencias de uno y otra.

He dicho que en segundo lugar la importancia de la Filosofía de Santo Tomás dimanaba de los elogios que ha recibido de los Pontífices. Así es en efecto. Clemente VI, Nicolás V, Benedicto XIII y otros Pontífices dijeron de él que con su doctrina admirable ilustró á toda la Iglesia; San Pío V confiesa además que á vista de ella todas las herejías huyeron llenas de confusión y convictas de su malicia, y el universo-mundo se ve todos los días libre de pestilencia de errores; otros afirman con Clemente XIII que los bienes más ricos y excelentes se derivan de sus inmortales servicios á la Iglesia toda; otros finalmente no vacilan en proponer á Santo Tomás como modelo á las Universidades y Liceos. De Urbano V son las siguientes palabras dirigidas á la Universidad de Tolosa: «Es nuestra voluntad y según el tenor de las presentes letras, os prevenimos que abraceis como verdadera y católica la doctrina del Bienaventurado Tomás, y que hagais estudio con todo ahinco para esponerla ampliamente.» En idéntico sentido se expresan Inocencio XII en las letras dirigidas á la Universidad de Lovaina, y Benedicto XIV, en las que dirigió al Colegio de San Dionisio de los Granatenses. Superior á todos los anteriores es el elogio de Inocencio VI, el cual se expresa en los siguientes términos: «Si se exceptúa la doctrina canónica, la de Tomás supera á todas en la propiedad de las palabras, en el estilo y modo de hablar, en la verdad de las sentencias, de forma que á los que la siguiesen y tuviesen, jamás se les verá fuera de las vías de la verdad, y los que la impugnaren siempre serán tenidos por sospechosos acerca de ella.»

No menos espresivos son los honores que han tributado á Santo Tomás los Concilios ecuménicos, estas ilustres asambleas donde se reúnen los hombres más eminentes en ciencia y en virtud de la Iglesia Católica. Los concilios de León, Viena, Florencia y aún el mismo concilio Vaticano invocan la doctrina de Santo Tomás para el mejor acierto de sus acuerdos; de suerte que bien puede afirmarse que ella es la que inspira sus decisiones. Y el concilio de Trento, la asamblea más notable y famosa que se registra en los anales de la historia eclesiástica, concede á la *Suma* de Santo Tomás los mismos honores que á la Biblia, es decir, que á la palabra divina, que á la verdad revelada, con lo cual viene á imprimirse en su doctrina cierto sello de infalibilidad, privilegio grandioso destinado exclusivamente á la Iglesia de Dios acá en el suelo.

(Se concluirá).

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

- I.—LA IGLESIA CATÓLICA EN EL DESCUBRIMIENTO DE LAS AMÉRICAS, por Enrique Font Valencia.
- II.—BOSQUEJO NECROLÓGICO DE DOÑA CONCEPCIÓN ARENAL, por el Ilustrísimo Sr. D. Pedro Armengol y Cornet, Secretario de la Asociación general para la Reforma penitenciaria en España.

I.—El Sr. Font Valencia, joven é ilustrado marino, á quien, como es natural, entusiasma cuanto con su carrera se relaciona, y muy especialmente la más grandiosa epopeya que en el mar se ha realizado, escribió el folleto que á la vista tengo, sin otra pretensión que la de tomar parte en uno de los muchos certámenes que con motivo del cuarto Centenario del descubrimiento de América se celebraron. El certamen elegido fué el literario de Mataró, que concedió un premio al interesante relato del señor Font Valencia.

Nada más simpático que el tema del mismo. La Iglesia unida estrechamente al más grande acontecimiento que registran los anales de la humanidad, después de la venida de Jesús; el Papado y las Órdenes religiosas auxiliando á Colón en su providencial empresa; el espectáculo sublime de una sociedad toda ella cristiana, que ennoblecida con los laureles del triunfo tras cruentos sacrificios y legendarias guerras, se arroja al Océano para sacar á flote un mundo que siente Colón girar vertiginosamente en su espíritu de profeta..... Compréndese que á persona tan católica y tan española como el autor del folleto en que me ocupo, le mereciera preferencia un tema tan relacionado con su modo de sentir.

El trabajo del Sr. Font Valencia reviste el mismo carácter que la generalidad de los destinados á públicos certámenes, para ser en público leídos: sin decirnos nada nuevo, llaman nuestra atención hacia determinadas disquisiciones, ofreciendo datos casi escuetos, que otra cosa no permiten las escasas proporciones que han de revestir; son como programas razonados, cuya amplificación hay que ir á buscar en las obras de consulta donde tienen su origen, y suelen ser escritos *calamo currente*, con la premura del plazo fijado (descartadas las dos terceras partes de tiempo que echa á perder todo español de pura raza).

Yo no desprecio por humildes esas que podríamos llamar obritas de propaganda religiosa, científica ó literaria; y aún me atreveré á decir que los pedantillos que tal hacen, sobre que muchos de ellos ya quisieran para sí el mérito de haberlas escrito, no comprenden todo el bien que ellas dispensan á la sociedad. El pueblo no lee infolios, no lee obras de graves autores,

porque le falta la necesaria preparación, basada en los elementos, y además fáltale el tiempo de que no puede disponer quien no tiene por principal misión la del estudio. Pero el pueblo gusta de leer lo que está en armonía con sus facultades, lo que entiende; y por tanto, trabajos como el en que me ocupo, sirven á maravilla para ilustrarle hasta donde cabe que sea ilustrado el pueblo, pues son á su inteligencia lo que al niño los alimentos preparados en clase de peptona y administrados en pequeñas dosis: nutren sin indigestar.

Mas he de permitirme una observación, y es que los mismos autores de tales opúsculos no suelen mirarlos con la debida solicitud, lo cual es causa frecuentemente de errores tanto más reprochables, cuanto que no siempre acusan impericia, sino falta de cuidado. Así el Sr. Font Valencia, que, por otra parte, ha demostrado ser excelente escritor, incurre, en el prefacio de su monografía, en un *lapsus* (que de haber repasado las cuartillas antes de darlas á la imprenta, no tendria yo que mencionar) y que consiste en el uso de un fatal participio pasivo en lugar de un adjetivo; y además, en el de hablarnos de fray Juan Pérez de Marchena como de un solo personaje, siendo así que hoy está probado que el nombre corresponde á dos franciscanos distintos: fray Juan Pérez, guardián del convento de la Rábida, y fray Antonio de Marchena, confesor de la Reina Católica. A bien que este error trascendental es disculpable en el señor Font Valencia, por dos motivos: primero, porque cuando éste escribió su trabajo, la distinción que he apuntado no tenia más autoridad que la que le daba un erudito, toda vez que no revistió caracteres de verdad indiscutible hasta después de las célebres conferencias colombinas del Ateneo de Madrid; y segundo, porque pululan por ahí autores de libros de texto, que todavía no se han enterado de esta nueva afirmación histórica.

Confieso sinceramente que las cualidades del opúsculo del Sr. Font Valencia, así en lo que atañe al fondo como á la forma, superan en mucho á los dos únicos defectos que he apuntado, y son causa de que se lea con gusto desde la primera á la última página, pues en todas resalta una fe ardiente y un patriotismo inquebrantable, que no admiten distingos ni vacilaciones.

*
*
*

II.—Duéleme, y mucho, que el discurso del Sr. Armengol y Cornet (que discurso es el *Bosquejo necrológico de D.^a Concepción Arenal*) no sea más extenso, ya que es excelente y que sus páginas, rebosantes de interés, deleitan no poco.

Este discurso es el primer trabajo digno de atención que vió la luz á raíz de la muerte de la ilustre pensadora ferrolana, y los motivos que obligaron al señor Armengol y Cornet á redactarlo,

son muy complejos. Entre ellos figuran la profunda admiración del autor hacia la señora Arenal, la amistad que á ambos unia, y más que todo, el deseo de contribuir á que fuera popular después de su muerte, la que, á pesar de su gran talento, no había logrado serlo en vida.

En 1877, presa Concepción Arenal de la amargura del aislamiento, escribía al señor Armengol y Cornet: «Si V. como es probable, me sobrevive, y si dedica V. algunas palabras á mi memoria, bien puede V. decir que no he sentido ni el desvío de los gobiernos, ni el desconocimiento de la multitud, cosas ambas inevitables; lo más terrible es el vacío que á mi alrededor han hecho muchas personas inteligentes, que parecía debían auxiliarme. ¡Parece que inteligencia no obliga!»

No obligaría, en efecto, á estadistas y gobiernos para emprender y realizar las mejoras ideadas por la insigne escritora en el ramo penitenciario; pero obligó al señor Armengol y Cornet, quien ha tributado á Concepción Arenal el homenaje debido á su talento y á sus grandes virtudes.

El trabajo del señor Armengol tiene carácter, no de crítica, sino de panegirico (sin que exagere nunca elogio). Por esto sin duda, entre las curiosidades que cita no figura el hecho de que la ilustre escritora, en su juventud, concurren al café en traje masculino, para oír, sin ser notada, las conversaciones de hombres eminentes; por esto, siendo muy prolijo en la enumeración de sus obras, no hace hincapie en su atrevido criterio con respecto á la mujer, para la cual llegó á pedir la investidura del sacerdocio, bien que posteriormente modificó su opinión. No; esto podría disgustar al sinnúmero de bobalicones que creen que toda virtud va ataviada con remilgos; y el señor Armengol y Cornet quiere que todos indistintamente vean en la señora Arenal lo que realmente fué: una mujer de superior talento, que consagró sus escritos y la inagotable caridad de su alma al bien del desvalido.

Concepción Arenal, traducida, comentada y encomiada en el extranjero, no ha sido popular en España hasta su muerte. Al señor Armengol y Cornet cabe la gloria de haber descubierto el primero el velamen que la ocultaba á los ojos de la multitud.

J. BURGADA JULIÁ.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

XI

Mi querido Conrado: Me dices que no puedes comprender cómo el hombre caído y degradado podía servir mejor á los fines del plan divino, que el hombre originalmente justo é inocente. «No me negarás; y aquí copio tus palabras, que, perseverando el hombre en el estado de gracia en que Dios desde un principio le colocara, debía hallarse mejor dispuesto para ser regido por los impulsos divinos, ya que las pasiones no ofuscaban su inteligencia ni trababan su voluntad, y no se hallaba tan enérgicamente atraído por los encantos de las criaturas. Yo entiendo que si el Verbo Divino no se hubiera hecho Hombre, ciertamente las alabanzas que á Dios le hubiera tributado la humanidad inocente y justificada, hubieran tenido valor finito, y que no hubiera sido Dios tan honrado como lo es ahora por el hombre caído, pero incorporado á Cristo, según me has explicado en cartas anteriores, especialmente al hablarme del Bautismo, de la Eucaristía y del santo Sacrificio de la Misa. Mas si Jesucristo hubiera podido incorporarse una humanidad heredera del estado de inocencia y de justicia en que fueron creados nuestros primeros Padres, ¿no hubiera obtenido para el Padre Eterno un homenaje digno de la Divinidad, y en el cual hubiera tomado parte toda la descendencia adamítica, sin las ofensas que le irroga el hombre pecador y degradado? ¿Cómo, pues, insistes una y otra vez, en que el hombre caído, el hombre histórico, el hombre que conocemos y cuya naturaleza degradada, enfermiza, desequilibrada, inclinada al mal, perezosa para el bien, es nuestra misma naturaleza pecadora, se acomodaba á los planes divinos mejor que el hombre paradisiaco, pronto siempre á seguir el llamamiento divino? ¿Y cómo así lo aseguras, hasta el extremo de haber dicho que Dios no hubiera creado el mundo en previsión del hombre paradisiaco, y que lo creó en previsión del hombre histórico, del hombre rebelde y pecador? Mucho dudo que me ganes á tu parecer, y hasta sospecho que tendrás que rectificar tus descabelladas afirmaciones.»

No tan descabelladas, como tú dices, querido Conrado; antes muy racionales y prudentes y muy atentas al sano criterio teológico. Mayor dificultad hallo yo en admitir, que esa humanidad cristiana, que tú finges, pudiera mejorar los planes divinos, y con todo no hubiera Dios asegurado su existencia; que en admitir la humanidad cristiana histórica á la cual pertenecemos, y que es la encargada de realizar aquellos planes. Ten por cierto

y averiguado, que si el Verbo Divino hubiera podido promover con más éxito el honor y la gloria del Padre, haciendo causa propia la causa de esa humanidad que tú defiendes, no hubieran pasado las cosas como en la realidad han sucedido, sino como tú las finges y las prefieres, ya que la Encarnación del Verbo Divino había de verificarse en las condiciones más propias y eficaces para el servicio divino; y pues la historia de la humanidad empieza con la prevaricación y caída de nuestros primeros Padres, es argumento de que Cristo había de actuar sobre la humanidad pecadora y degradada, para que el Creador fuera más honrado y glorificado y recibiera un culto más digno de su majestad infinita.

De nuevo he de señalarte un error en que incurres, sin darte cuenta de ello, y que es causa de que no puedas ver claro en esta materia. Tú subordinas la Encarnación del Verbo Divino á las condiciones de la humanidad; y ese es tu error, porque la humanidad debió aparecer subordinada á los fines de la Encarnación del Verbo. El punto de partida tuyo es la humanidad, y por esto crees que si los hombres hubieran permanecido inocentes y justos, el Verbo no se hubiera encarnado, ó se hubiera encarnado en condiciones distintas y para fines diversos; y que si en realidad se encarnó para padecer y morir, fué porque pecaron los hombres y tuvieron necesidad de un Redentor, y convenía neutralizar los efectos de la prevaricación primera. Pero debes partir del supuesto, que el Verbo Divino había de encarnarse para dar á conocer al Padre y honrarlo y alabarlo y glorificarlo condignamente, y que á este efecto debía existir la humanidad, la cual sería lo que debía ser para que la misión del Verbo divino se realizara en las mejores condiciones y obtuviera el éxito más satisfactorio.

Como ves, podría *à priori* convencerte fácilmente de error; pero quiero discutir las condiciones más favorables para que el hombre incorporado á Cristo pudiera honrar mejor al Creador. Espero hacerte ver, que el hombre histórico, esto es, caído y degradado podía llenar mejor los planes divinos, que el hombre paradisiaco. Ha de haber existido una razón, por la cual haya sido preferido el hombre caído y pecador, y hemos de buscarla. Esa razón debe existir, porque de hecho Dios ha preferido al hombre histórico. Además, esa razón debe consistir, en que el hombre caído y degradado había de poder dar á Dios un culto más digno y honroso que el tributado, en igualdad de condiciones, por el hombre paradisiaco.

Esa razón te aparecerá clara é indubitable, con sólo que compares el culto que hubiera dado á Dios el hombre constituido en imperdible justicia original, con el que le tributa el hombre histórico redimido por Jesucristo. Hagamos ambos supuestos, y empecemos por el que tú prefieres. Supongamos que Adán y Eva hubieran sido fieles á Dios hasta el último momento de su exis-

tencia, ó mejor dicho, hasta que Dios, supuesto que les había prometido la inmunidad de la muerte, si no le desobedecían, los hubiera trasportado al lugar de su eterna Bienaventuranza. Ese supuesto nos permite hacer otro: los hijos de nuestros primeros Padres hubieran gozado las inmunidades que aquéllos habían tenido y que por herencia habían de transmitirle, y por esto podemos suponer una primitiva sociedad humana compuesta de hombres inocentes, rectos, constituidos en gracia, sin pasiones desordenadas, con el apetito sometido á la razón, y con la razón sometida á la voluntad divina. Adelantemos un paso más, estableciendo un tercer supuesto: esa humanidad primitiva y que conservaba la inocencia original, debía de ser grata á Dios, debía de honrar á Dios con intención purísima, debía de practicar un culto religioso meritorio y agradable al Creador. Está bien; esto á tí te entusiasma, y crees que siendo por tal manera conocido y alabado Dios, podía haber terminado ahí todo el plan de la creación.

Yo no lo entiendo así: yo creo que la previsión de ese estado de cosas no hubiera movido á Dios á que abandonara su beatífica soledad eterna, haciéndose creador. Me imagino á Dios allá en los abismos insondables de la eternidad, siendo perfectamente feliz en la contemplación y fruición de su esencia soberana, y que previendo los homenajes de reconocimiento, de sumisión, de amor y de adhesión que podía tributarle esa humanidad inocente, se determina á crear, á compartir con otros la existencia, dándose á conocer, y disponiendo las cosas de modo que los hombres sean, le reconozcan y le alaben; ¿qué ha ganado Dios con eso? Nada, absolutamente nada. Vive en Sí, tan feliz como viviera eternamente, y fuera de Sí contempla los actos humanos que le son del todo extraños y que nada añaden á su felicidad infinita. Antes de que esos hombres existieran, los veía Dios como los vió cuando llegaron á la existencia, y la realidad humana no ha aumentado las divinas complacencias, porque no ha añadido más claridad ni más conocimiento á la divina inteligencia. Sobre que, en esa realidad humana, nada hay que Dios no ponga y mantenga: sólo hay efectos del poder y de la sabiduría de Dios, que ahora los contempla reales, como eternamente los contemplaba posibles y futuros. Como estuvo una eternidad sin realizar esas existencias, podía haber permanecido perpetuamente en esa inacción, y hubiera visto como posible lo que en el tiempo se ha verificado, así como ve muchísimas cosas que su inteligencia comprende y su Omnipotencia puede realizar, y que sin embargo no saldrán de la categoría de posibles. Y Dios se complace en ellas y se ha complacido eternamente, ni más ni menos que si les diera realidad positiva, porque esa complacencia no viene del ser que en las cosas se actúa, sino de la virtualidad productora de ellas y que reside en la propia soberana esencia del Criador. Nada, pues, iba á ganar Dios con crear esa

humanidad prevista, como nada ganaría creando tantos mundos posibles, como están presentes á su Inteligencia infinita, y que si quedan posibles, es ciertamente porque no interesa al honor de Dios y á su felicidad el que asciendan al grado de realidades efectivas.

De donde sacarás, querido Conrado, esta consecuencia ineludible: los intereses de la humanidad prevista por Dios, no podían pesar tanto en los planes divinos, que motivaran la Encarnación del Verbo Eterno. Si en esa humanidad no descubrimos títulos suficientes á la simple existencia; ¿cómo hemos de buscar en ella los motivos de la Encarnación del Verbo? Esos motivos sólo existen en Dios mismo. El Verbo quiso hacerse Hombre, porque así convenía á la gloria de Dios, y la humanidad era presupuesto necesario. Mas acaso en este punto me replicarás, que ese presupuesto podía ser la humanidad inocente y constituida en gracia. Pero yo á mi vez te objetaré que la humanidad caída y pecadora se prestaba mejor á los fines de la Encarnación del Verbo, enderezados á la mayor glorificación de Dios. No te negaré que si el Verbo Divino hubiera tomado carne en medio de la humanidad justa é inocente, y hubiera asumido los destinos de esa humanidad, incorporando los hombres á su Divina Persona y obrando en nombre y representación de todos ellos y comunicándoles su propia vida y sus merecimientos, para que los actos humanos fueran más aceptables al Eterno Padre; si, en una palabra, hubiera Jesucristo realizado en medio y provecho de la humanidad inocente, lo que ha llevado á efecto en beneficio de la humanidad culpable, excepción hecha de la redención, ya que no se hubiera dado el pecado, claro está que el Hombre-Dios hubiera honrado infinitamente al Creador en sus propios actos, y que además hubiera enaltecido y avalorado los homenajes dados á Dios por los hombres. Ya este supuesto me explica la creación. Ya comprendo entonces que, debiendo formar Dios mismo parte de la humanidad, hubiera ésta sido llamada á la existencia. Comprendo que el Eterno saliera de su vida íntima y se manifestara al exterior, porque la creación había de honrarle con un culto de valor infinito. Ya no veo, de un lado, á las criaturas solas, y á Dios contemplándolas y pidiéndoles los frutos de la creación: en las criaturas hallo al mismo Dios, confundiendo su suerte con la de aquéllas, y elevando la obra de la creación al nivel de la Divinidad, para hacerla digna del Creador.

Pero no bastaba esto, querido Conrado, si es cierto como yo lo creo, que Dios, incorporándose los hombres caídos y degradados, había de ser más honrado, que en el anterior supuesto. Veo en éste una deficiencia que no puedo admitir en el plan divino. Consiste en que el honor que á Dios hubiera proporcionado esa humanidad inocente incorporada al Verbo Encarnado, hubiera tenido un origen exclusivamente divino, de modo que Dios

mismo se hubiera honrado á Sí propio, valiéndose al efecto de las criaturas racionales. Aquellas alabanzas que al Padre Eterno hubiera dirigido la Humanidad de su Hijo hecho hombre, divinas hubieran sido en su origen, por proceder de la Persona del Verbo; las que le hubiera rendido el linaje humano incorporado al Verbo humanado, también hubieran tenido procedencia divina, porque esos hombres se hubieran espontáneamente dirigido por las influencias sobrenaturales del Salvador; y toda la gloria que á Dios le vendría del seno de la creación, sería obra de su Hijo, que le glorificaría por sus propios actos y por los actos de los hombres. Ya quedaría con esto Dios Padre infinitamente honrado y bendecido; pero de la pura criatura, del fondo de esa creación llevada á efecto en honor y gloria del Creador, no se elevaría un himno de alabanza, entonado en honor de la Divinidad. Y cuando considero que Dios determina dar existencia á las criaturas, á fin de que éstas le alaben y le glorifiquen, espero que esas criaturas han de llenar su destino, que algo han de hacer que sea procedente de ellas y resulte en honor de Dios, porque si Dios, constituyéndose en Creador, salió de Sí y se manifestó al exterior, de esas existencias extrañas á su divina esencia, de esos seres distintos de su Divinidad, ha de venirle un reconocimiento, una alabanza, una glorificación, que corresponda al acto creador y sea adecuada recompensa.

A este fin, no era conducente aquella libertad perfectísima del hombre inocente y justo, que se hubiera dejado gobernar por las suavísimas influencias de las gracias merecidas por el Salvador divino. Esa libertad de completa indiferencia, precedida por una inteligencia sobrenaturalmente iluminada, y atraída por la presencia secretísima del Sumo Bien, hubiera hecho del hombre un dócil instrumento del Salvador, quien hubiera sido el móvil único de las determinaciones humanas. Ese hombre, libérrimo en sus actos, aunque se hubiera visto solicitado por los atractivos de las criaturas, no hubiera jamás cedido irreflexivamente á ellas, por carecer de apetitos desordenados y de pasiones perturbadoras, y por conservar en todas las circunstancias de la vida la serenidad de espíritu, y la claridad de la razón y la rectitud de la conciencia y la presencia de Dios y la adhesión al orden espiritual y el deseo de mantenerse en la gracia santificante y la convicción de la inanidad de los placeres pasajeros y la resolución inquebrantable de no distraerse en el cumplimiento de la voluntad divina. Era sujeto abonado para ceder á los impulsos sobrenaturales promovidos por el Divino Salvador, que actuaría en el alma de los redimidos, sin que hallara en ella resistencia á sus benéficas mociones. Constituido el Salvador en medio de esa humanidad inocente y privilegiada, no sólo podría honrar en su propia Persona al Eterno Padre, sino que

podía asegurarle el homenaje de los hombres redimidos, quienes sin excepción serían indefectiblemente religiosos.

Pero observa bien, querido Conrado, que todo ese movimiento de ascensión de las criaturas al Creador, es determinado y realizado por el Verbo Divino, siendo los hombres instrumentos movidos por la voluntad del Verbo. Toda la gloria que en ese supuesto á Dios se tributa, proviene del mismo Dios: la criatura no saca del fondo de su sér energía alguna con la cual se dirija al Creador para reconocerle, bendecirle y alabarle. Como no hay lucha moral, tampoco se desarrollan esfuerzos personales en busca y obsequio de Dios, porque las únicas tendencias de ese hombre cristiano habían de llevarle al cumplimiento de sus destinos sobrenaturales. Pero sustituye el supuesto en que te has colocado, por el supuesto histórico que conocemos, y verás como es la criatura la que alaba y honorifica á su Creador. Considera al hombre tal como es en la realidad, flaco para el bien, pronto para el mal, con una inteligencia fácilmente eclipsable por las sombras que la concupiscencia condensa, con una voluntad fuertemente solicitada por los encantos de las criaturas, por las exigencias del apetito, con una facilidad maravillosa para adherirse á lo sensible, á lo pasajero á lo terrenal; con una repugnancia decidida á lo espiritual, á lo suprasensible, á lo eterno; y que ese hombre, en el cual fácilmente puedes reconocerte, es incorporado á Cristo y llamado á la vida cristiana y estimulado para que se consagre de lleno al honor y gloria del Creador. De él podrás decir con el Santo Job: *militia est vita hominis super terram*: la vida de ese hombre ha de ser una lucha continuada: lucha entre el espíritu y la carne, entre la razón y la concupiscencia, entre el apetito sensitivo y la voluntad. Abandonado á sí propio, será ese hombre juguete de sus pasiones; incorporado á Cristo y solicitado hacia el orden espiritual, experimentará un dualismo en su interior, porque la carne y el encanto de las criaturas le atraerán hacia la tierra, mientras que la gracia y sus intereses eternos le estimularán hacia el cielo.

Aquel equilibrio moral entre el hombre superior y el hombre inferior sólo se conservará como hermoso recuerdo de la edad de la inocencia; pero habrá en la realidad desaparecido aquella espontaneidad con que el hombre se prestaba al cumplimiento de los designios divinos. Incorporado á Cristo este hombre caído, desequilibrado, perezoso para el bien moral, no se determinará á seguir las huellas del Salvador, aunque sea ilustrada sobrenaturalmente su inteligencia y de la misma manera sostenida su voluntad, sin que tenga que vencer repugnancias y contrariar inclinaciones y refrenar apetitos que le instan en sentido contrario al cumplimiento de sus destinos inmortales. Ya no es un instrumento dócil á las influencias salvadoras de Cristo; ya no es una actividad indiferente, puesta á disposición de los planes del

Salvador. Para que ese hombre honre á Dios, siguiendo los impulsos del Verbo humanado, debe contrariarse á sí mismo, debe oponerse á sus naturales inclinaciones, debe esforzarse en mantenerse en pleno uso de su libre albedrio, debe sacar del fondo de su alma racional energías que superen á las tendencias animales, debe cooperar á la acción de Cristo que en él actúa, debe poner algo de personal en la tarea de honrar y glorificar á Dios, prestándose á la acción de Cristo, no de un modo pasivo, como lo haría el hombre dotado de omnímoda libertad de indiferencia, sino de una manera activa, desenvolviendo y sosteniendo las iniciativas espirituales promovidas por la gracia. Así se verifica que del seno de la criatura surgen ascensiones hacia el Creador: así se obtiene que éste sea honrado y glorificado por sus propias criaturas.

Es indudable que esa glorificación radica en los merecimientos de nuestro Salvador divino, sin los cuales viviríamos completamente alejados de Dios; pero así y todo, el hombre pone algo de suyo al acomodarse á los designios del Salvador, porque debe desenvolver sus propias energías, para mantenerse en el orden sobrenatural y realizar sus destinos inmortales. Tiene el hombre redimido una acción propia, personal, dentro de la acción del Redentor, y es aquélla tan enérgica, tanto más humana cuanto mayor es la tendencia que experimenta á derramarse en la criatura, y á complacerse en los bienes sensibles. Por donde al secundar el hombre redimido los fines del Redentor, debe anteponer el Creador á las criaturas, coordinando sus facultades de manera que se desarrollen de conformidad con los fines de la Creación. Y entonces, ya no es el Verbo Encarnado el único que honra y glorifica al Eterno Padre, sino que también las criaturas, influidas por el mismo Verbo, contribuyen á ese honor y á esa gloria.

Dada la extensión de la presente carta, me despido hasta la próxima, repitiéndome amigo tuyo y S. S. Q. T. M. B.

O. S.

Barcelona 15 de Abril de 1893.

